

DOS DE MAYO DE 1808, LA DEFENSA DEL CUARTEL DE MONTELEÓN

TOPOGRAFÍA URBANA. SITUACIÓN

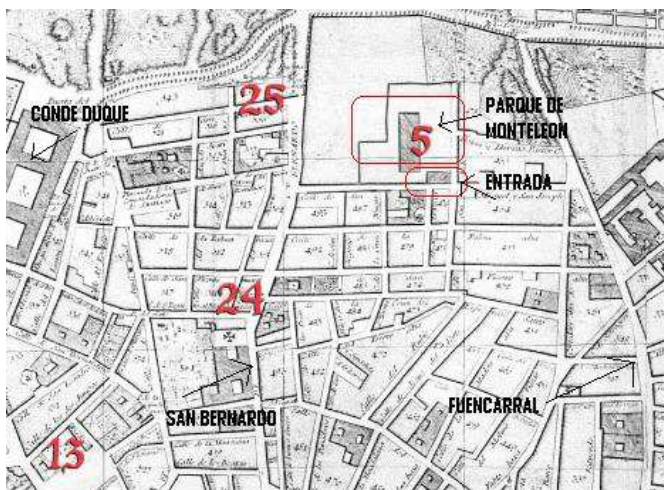
El Cuartel de Artillería de Monteleón se encontraba en el barrio de Maravillas, (en la actualidad muy modificado, ya que el trazado actual se diseñó en la segunda mitad del siglo XIX) de Madrid, sobre el primitivo palacio de los duques de Monteleón y de Terranova.

El edificio original fue reconstruido después de que en 1723 sufriera un incendio, y fue habitado durante siete meses por Felipe V cuando abdicó en su hijo y durante trece años por la viuda de este rey Isabel de Farnesio con sus hijos.



Maqueta de León Gil, donde se aprecia la magnitud del antiguo arsenal. La entrada y famoso pórtico arriba a la izquierda. En los extremos, a la izquierda Fuencarral y derecha San Bernardo.

Fue en este periodo cuando se construyeron dos portadas y una fuente churriguerescas. En 1807 fue convertido en museo histórico y arsenal de artillería por orden de Godoy, motivo por el que el 2 de Mayo guardaba 37 piezas de artillería de diversos calibres y gran cantidad de munición y de armas, si bien era, propiamente, un edificio fortificado.



El parque de artillería ocupaba la zona que hoy de la actual plaza del 2 de Mayo y aledaños. Era un espacioso recinto rodeado de un alto muro cercano a los lindes de la ciudad y cuya entrada estaba al sur, más o menos en lo que hoy sería la calle de Ruíz, hacia donde mira la actual estatua de nuestros dos héroes.

Debido a la angostura de la zona, las piezas de artillería, la bravura de los héroes y los centenares de encolerizados ciudadanos es por lo que pudieron aguantar tanto tiempo el asedio enemigo, que debía converger desde San Bernardo y Fuencarral, por las calles denominadas entonces San Andrés o San José, hacia la entrada del arsenal.

La actual imagen del arco del cuartel de Montealeón, con el conjunto de Daoíz y Velarde realizado por Antonio Solá en 1822, representa a los primeros héroes de la Guerra de Independencia. En un principio se situó en el Parterre del Retiro, para ser trasladado temporalmente al Museo de Escultura y emplazándose de manera definitiva, en 1869, en la plaza del Dos de Mayo junto al arco del desaparecido cuartel de artillería de Montealeón.



Cuando el entonces alcalde de Madrid, Marqués de Villamagna, tomó posesión del arco en nombre del pueblo de Madrid, en el original arco de entrada al cuartel de Montealeón en 1868, se podía leer un cartelón con el texto era:

El Ayuntamiento de Madrid acordó adquirir este arco, entrada al parque viejo de artillería en memoria del inolvidable hecho del dos de mayo de 1808, y su propietario Don Antonio Menendez Cuesta lo cedió gratuitamente como prueba de amor a su país.

En el solar donde estuvo el Cuartel de Montealeón, se abrirían las calles de Ruiz, Malasaña y de Montealeón, se prolongaría la del Divino Pastor y se modificarían antiguas calles con nuevos nombres como Daoiz, Velarde, Dos de Mayo, etc., casi todos ellos, relacionados con los sucesos de 1808. También se crearía la plaza del 2 de mayo, en cuyo centro se situó un monumento conmemorativo bajo la antigua puerta (restaurada) del cuartel. En la actual plaza, además del cuartel, también estuvo parte del Convento de las Maravillas y del que actualmente sólo se conserva su iglesia, la parroquia San Justo y Pastor.



Del cuartel sólo permanece el arco de entrada.

CRÓNICA DE UN SACRIFICIO

La defensa de Monteleón

En la mañana del 2 de Mayo todo era tensión, y no sólo por el estallido del pueblo en la plaza de Oriente, sino porque los altercados entre las tropas de ocupación y la población eran frecuentes, tanto que hasta los militares españoles destinados en Madrid, unos 3000, tenían órdenes estrictas de no inmiscuirse. Luis Daoíz, de 41 años, un experto militar que había prestado servicio con Gravina y Alcalá Galiano, acompañado por el teniente Gabriel de la Torre y el subteniente Felipe Carpegna estaba al mando de los 16 inquietos soldados que custodiaban el arsenal del Parque de Artillería de Monteleón junto con un destacamento de 80 franceses.

El conocimiento que se tenía en el barrio sobre la existencia de armas en el edificio fue la causa de que, desde las nueve de la mañana, se concentraran numerosos madrileños en el exterior solicitando armas. Las noticias de esta concentración llegaron a la Junta Superior del Arma que envió al teniente Rafael Arango quien tranquilizó al oficial francés y pasó revista a las tropas españolas.

Mientras Daoíz apaciguaba al oficial francés al mando, contenía a sus soldados y desde primera hora escuchaba, y contenía los reclamos de las bandas organizadas del pueblo, que venido de la plaza de Oriente solicitaba armas, Pedro Velarde, secretario de la Junta Suprema del Arma acudía a la Junta Mayor de Armas para demandar la implicación del ejército español en el levantamiento popular. Intentó sin éxito un motín en la misma Junta, pero sólo le siguieron dos miembros de la misma y se dirigió entonces al acuartelamiento del Cuerpo de Voluntarios del Estado, situado en la calle San Bernardo.

Allí consiguió convencer al coronel del cuartel de Voluntarios de Estado, de que debía dejarle una compañía para "sujetar a la muchedumbre" y reforzar el Parque de artillería de Monteleón y de este modo se presentó en el parque acompañado del capitán Rafael Goicoechea y los tenientes Jacinto Ruiz de Mendoza y José Ontoria y 33 soldados.

Armado con esta fuerza logró convencer al oficial francés de que depusiera las armas a cambio de protegerles del pueblo. Así pasaría el día el retén francés, preso en cocheras y cuadras, mientras se libraba de la sangrienta batalla. Al acabar la contienda llegaron a retener a unos 300 franceses entre el destacamento inicial y los capturados durante la refriega.

A continuación convenció a Daoíz para que entregara armas a los madrileños que se concentraban ante las puertas. Tras una primera entrega a unas 300 personas que se llevaron fusiles, espadas y sables, llegó un segundo grupo procedente de Palacio que también fue armado.

El cuartel de Monteleón fue el único recinto militar que este día se hizo fuerte contra el ejército francés. Convertido en Parque de Artillería hace un año por orden de Godoy, guardaba 37 piezas de artillería de

diversos calibres y gran cantidad de munición y de armas, si bien no era, propiamente, un edificio fortificado.

La penuria era tal que el arsenal no contaba con munición de metralla, -fundamental para causar mayor baja en el cañoneo a corta distancia- por lo que se improvisaron sacos con piedras de los fusiles.



A partir de ese momento, los soldados españoles dispusieron la defensa del edificio.

Velarde apostó a los profesionales tiradores del Cuerpo de Voluntarios en las tapias del recinto así como ordenó a las partidas de civiles encomendándoles puntos estratégicos en los pisos superiores de las casas de la vecindad desde donde hostigaban a los pelotones franceses que eran machacados por la artillería o se retiraban. Velarde, con un grupo de soldados y civiles, iba y venía del interior del recinto para apoyar a los cañones cada vez que atacaba el enemigo.

Entre los civiles, había varias mujeres que también alcanzarían la gloria en aquella jornada de valor y patriotismo, como Clara del Rey, de 47 años, en el cuartel junto a su marido y sus tres hijos; Benita Pastrana, de 17; Francisca Olivares, madre de siete hijos; Juana García, de 50 años, Ramona García, de 34 o la niña Manuela Aramayona, de 12.

Hacia las diez y media llegó a las proximidades del cuartel la brigada del general Lefranc que había entrado en Madrid por la puerta de Fuencarral.

Los fusileros franceses, durante el tiroteo que se ha establecido la primera hora, han logrado alcanzar a algunos de los defensores, entre ellos al teniente Ruiz, de 29 años, que primero fue alcanzado en un brazo y más tarde, mortalmente en el pecho.

La situación se complica cuando hacia las 11,30 horas, a la brigada Lefranc se han sumado el batallón Westfalia y el primer batallón del Cuarto Regimiento Provisional.

Todos los oficiales se han puesto a las órdenes de Lagrange que ha desplegado a sus tropas para que ataquen por tres puntos, sin que consiguieran tomar la posición ante la durísima resistencia artillera.

A mediodía, un capitán enviado por la Junta Suprema de Gobierno trató de mediar para que cesara el combate, pero un tiro disparado por no se sabe quién, dio al traste con el intento y comienza el asalto al cuartel con todos los efectivos.

Pasadas unas horas, los oficiales se dieron cuenta de que sus compañeros de armas no habían tomado ejemplo apoyando al pueblo, y la poca esperanza que les quedaba a los españoles se desvaneció cuando el general Lagrange acudió con miles de hombres decidiendo poner toda la carne en el asador atacando desde la calle San Bernardo con artillería incluida.

Primero se ha colocado una batería en la calle de San Bernardo. Sus disparos acabaron con la vida, entre otras, de Clara del Rey y alcanzaron de metralla a Ramona García. Luego, en columna cerrada, unos 2.000 franceses han atacado la entrada del antiguo palacio, mientras los cañones españoles les causaban numerosas bajas.

Sin embargo, la diferencia numérica terminó por imponerse. En el ataque Daoíz resultó herido en una pierna. En ese momento cuando Claudio Ana de San Simón, general del ejército español, que había seguido los combates desde su cercana casa, salió a la calle con su uniforme y sus medallas y ordenó a los franceses detener el fuego.

Por su parte, Velarde cayó cuando acudía junto a varios fusileros a reforzar una de las entradas. Un oficial polaco le disparó a quemarropa en el corazón haciendo que su cuerpo cayera con violencia en el suelo. Todo había acabado.

Minutos después, Daoíz yacía sin fuerzas apoyado en un cañón y con su sable en la diestra, pues había sido arcabuceado en el muslo. Acercándose a él, el general Lagrange apuntó con su espada a la cabeza llamándole traidor, a lo que éste respondió hiriéndolo con su arma. Los soldados franceses que acompañaban al comandante bayoneta en ristre, acabaron con su vida por la espalda.

Las tropas francesas se entregaron a una tarea sistemática de represión y castigo de los vencidos, pero la mecha estaba encendida y el pueblo español, juntamente con su ejército, plantando cara al entonces mejor ejército del mundo, después de innumerables sacrificios, acabaría por vencerle y expulsarlo del suelo patrio.